

El *Quijote* de Pedro Salinas en su contexto

Genara Pulido Tirado
(Universidad de Jaén)

Para los escritores e intelectuales españoles exiliados en 1939, el *Quijote* se erige en una obra de referencia fundamental, como he señalado en otro lugar (Pulido 2008). En 1947 se celebraba el Cuarto Centenario del nacimiento de Miguel de Cervantes y hacía ya unos años que distintos autores preparaban sus respectivos homenajes. En Hispanoamérica aparecen numerosas publicaciones con motivo de este evento, y se celebran distintos actos conmemorativos. En Chile, la revista *Atenea* (1947) publicaba un número monográfico que contenía interesantes artículos críticos. La Academia Cubana de la Lengua también celebraba, aunque más modestamente, el Centenario (véase Chacón y Calvo y otros 1947). Entre las conmemoraciones más sobresalientes destaca la publicación de un número extraordinario de la revista *Las Españas* (nº 5), revista publicada en México y creada por los republicanos españoles exiliados Manuel Andújar y José Ramón Arana.

Si el *Quijote* había sido ya en la llamada Generación del 98 una constante ligada fuertemente a las preocupaciones sociales e históricas de estos autores, que dedicaron no pocas obras al caballero y a su autor (acerca de la relación de la Generación del 98 con Cervantes, véase, entre otros, Descouzis 1970), en la del 27 vuelven a convertirse en protagonistas que no son ignorados por una generación condenada al exilio que, desde América sobre todo, miraba en la lejanía una España sumergida en la dictadura franquista a la que, una vez liberada, siempre esperaban regresar. Ni que decir tiene que en ambos casos el *Quijote* tenía un valor profundamente simbólico, político, ideológico, pero que las visiones son distintas. Talens (7) señala oportunamente cómo Unamuno u Ortega hacen una lectura parcial de la obra que es además “una manera de reflexionar sobre los límites y los horizontes de la realidad de un país que no acababa de subirse al tren europeo de la modernización”. Oportunamente ha visto este crítico, en el paso a la Generación del 27, cómo los autores críticos se desplazan de la historia al discurso, lo que supone subordinar la tematización o el referente a los modos de producirla como resultado: “La ‘ficción’ ya no es concebida como territorio opuesto a la ‘realidad’ sino como un ‘modo’ de leer el entramado de signos en que esta última se manifiesta” (8).

Tal vez sea Salinas, el profesor exiliado y comedido, el que dé una versión que quiere acercarse más a la lectura y la visión personales y pasionales que a la política, a la ficción quijotesca que goza de una realidad propia, aunque no pueda evitar que de su pluma salgan alusiones a lo que ningún exiliado podía olvidar. Pero aunque sus escritos fueron escasos, en ellos dejó recogidas unas pocas cuestiones que eran y son fundamentales en la obra, cuestiones que se tratan en función de un don Quijote humanizado que es ejemplo y guía aun en episodios que en otros lectores habían causado la risa o la burla. Recordemos que hay dos líneas críticas fundamentales en este caso, como Agustín Millares señala: la de los “cervantistas” y la de los “quijotistas”, como pusieron de manifiesto tempranamente, entre otros, Ángel del Río y Emilio Salcedo. Para los primeros, la obra surge profundamente vinculada a Cervantes y a sus propias experiencias vitales, hasta el punto de poder considerarla portadora de numerosos elementos autobiográficos ficcionalizados (véase Azaña 48 y ss., y Romera Castillo); para los segundos, don Quijote tiene identidad propia más allá e incluso al margen de Cervantes, que es eliminado de la escena crítica, tal como hace Unamuno. Salinas, sin duda, se inscribe en el segundo grupo.

Miguel de Cervantes se llega a convertir en un símbolo del pensamiento con el que se identificaban los republicanos, de ahí que intentaran evitar a toda costa que los escritores franquistas se apoderaran del prestigio universal del escritor del *Quijote*, por lo que los actos

que tienen lugar en España son criticados en tanto que se considera que don Quijote representa al español eterno, un español que manifiesta una libertad que atenta contra la tiranía establecida, por lo que cualquier reivindicación franquista es considerada una aberración. No era, sin embargo, la primera vez que se hacía un uso similar de la obra de Cervantes, como se ha dicho ya. M. Á. Varela Olea ha estudiado a don Quijote, que fue ya un mitologema nacional para los autores de la Restauración, mitologema en la acepción que Jung y Kérenyi dan al término, esto es, relato que, aun siendo muy conocido, todavía es susceptible de reformulaciones. A las interpretaciones esotéricas del siglo XIX contraponen Varela Olea las interpretaciones de intelectuales reputados del momento que ofrecen “esos otros estudios en los que la obra cervantina se contemplaba como proyección de sus reflexiones sobre la decadencia nacional y sobre los medios de engrandecimiento” (12), aspectos que son contemplados por los autores de la generación exiliada que habían reconocido en buena parte de los autores de la Restauración, y sobre todo a los integrados en la llamada Generación del 98, a sus maestros. Se trata, en ambos casos, de recordar el pasado de España, que fue glorioso, para contraponerlo a un presente decadente y, a continuación, plantear la necesidad de aportar soluciones para cambiar ese presente. No olvidemos, como ha señalado Talens, que:

En efecto, si algo ha caracterizado a la genial novela cervantina, a lo largo de sus cuatro siglos de andadura, es su capacidad para sintomatizar muchos de los conflictos y contradicciones que han atravesado lo que llamamos la modernidad occidental, especialmente en su variante castiza. Hasta tal punto es así que hay casi tantos *Quijotes* como problemas culturales en la constitución de ese difuso entramado que llamamos España. (7)

Esto no es nada extraño ya que, como ha señalado José Luis Abellán (1979, 97), “no olvidemos que el *Quijote* es la Biblia española, y que de algún modo todo el ser de España se encuentra allí involucrado”, esto es, el asunto que se trata en el *Quijote* es el equivalente del reconocimiento del ser de España en él, ya que portaría las cualidades sustanciales de los españoles. Como Biblia española, el realismo y el idealismo serían elementos de contraste de la sociedad en la que aparece la obra, pero también de épocas posteriores. El sistema ético de don Quijote, su modo de percibir el mundo y la existencia, su compromiso moral consigo mismo, le otorgan una especie de aureola de santidad laica a la par que se constituyen en excusa para mantener el debate sobre la realidad y el modo de ser de los españoles. En el marasmo de esta densidad simbólica Esteva Fabregat sostiene que “don Quijote no es un trazo accidental de la historia de un país, ni es tampoco una exterioridad simple: es un foco existencial resumido en un hombre conglomerado” (64).

La actualidad del *Quijote* destaca porque encierra unos valores que son, en opinión de los autores de *Las Españas* y otros exiliados, los mismos que sostienen ellos: la apuesta por la libertad, la defensa del humanismo, su solidaridad con el pueblo (del que procede y al que se dirige en la interpretación que hacen ellos), la crítica social ..., en definitiva, la presentación de una España “empobrecida y deshonrada” que se identifica con la del franquismo y que es la que los intelectuales republicanos quieren cambiar. Y la de Manuel Azaña, que no pasó por alto los valores de la obra española universal: “Al expresarse [Cervantes], expresa a España: resume en sí, ordena y estiliza lo que anda disperso en el ámbito de la gente común. [...] Su sensibilidad es como nunca la de su pueblo” (63). Pero también otros críticos hispanoamericanos compartían esta visión. En 1947, en México, publicaba Antonio Rodríguez su obra *El Quijote, mensaje oportuno*, donde no dudaba en contestar así a la pregunta, ¿qué ideales encarna don Quijote?:

¡Don Quijote es la personificación del ideal progresista, revolucionario, activo; es la expresión simbólica de todos aquellos que bajo diferentes nombres –Prometeo, Cristo, Espartaco- y en distintas épocas, han luchado por la libertad, el progreso y la felicidad humanas! (39)

El editorial de la revista, que escribía en esta época José Ramón Arana y se publicaba tras recibir el visto bueno del Consejo de Redacción, ya situaba el interés cervantino de los exiliados en su justo lugar. El interés por Cervantes se considera, en primer término, como un síntoma del rebrotar de la conciencia histórica del español que había sido ignorada desde finales del siglo XVII. Así, cuando la conciencia individual se desliga de su sustancia histórica se tropieza con la realidad desconocida que es España. Los exiliados consideran a la Generación del 98 un hito en la recuperación de esta conciencia por dirigir su mirada hacia atrás y buscar al pueblo. La Guerra Civil es el factor decisivo en tanto que produce un desgarramiento en el español que le hace sentir la soledad a la par que desata sus deseos de compañía; es entonces cuando hay que buscar lo vivo, y cuando la presencia cervantina cobra sentido: “Cervantes es actual en nosotros porque supo vivirse en el vivir del pueblo” (“editorial” s.a., 1). Pero esta visión es contraria a la que se ofrece desde España, por eso se arremete contra ella: “Cervantes sigue en pie de lucha, sigue atacando, y el franquismo vomita su odio acusándole de ser ‘el primer gran heterodoxo de la hispanidad’” (*idem*), expresión que sin duda alude a las ideas que expresara Menéndez Pelayo sobre el autor del *Quijote*, ideas que se tenían muy presentes en esa época. A la calificación otorgada en *Historia de los heterodoxos españoles* sigue una apreciación nada entusiasta realizada en su *Historia de las ideas estéticas en España*, donde don Marcelino, primero, rechaza la formación científica de Cervantes:

Pero Cervantes era poeta, y sólo poeta, *ingenio lego*, como en su tiempo se decía. Sus nociones científicas no podían ser otras que las de la sociedad en la que vivía. Y aún dentro de ésta, no podían ser las más peregrinas, las más adelantadas, las de menor número, sino las de número mayor, las *ideas oficiales*, digámoslo así, puesto que no había tenido tiempo ni afición para formarse otras. (II, 266)

Segundo, su formación teórica como escritor tampoco la considera exhaustiva o innovadora:

Cervantes tenía doctrinas literarias; pero oso decir que estas doctrinas, sobre nada nuevas, tampoco eran adquiridas por el esfuerzo propio, ni descendían de las propias observaciones sobre los libros, sino que eran las mismas, exactamente las mismas, que enseñaba cualquiera Poética de entonces. (II, 267)

Todas estas ideas las había expuesto tempranamente Menéndez Pelayo en “Cultura literaria de Cervantes y elaboración del *Quijote*”, ideas que iban a ser rebatidas con mucha frecuencia por la crítica posterior.

No extraña, por tanto, que, entre otros, Ortega y Gasset rechazara las críticas de Menéndez Pelayo -junto a las de Juan Valera- en nombre de una crítica profunda que, para el autor de *Meditaciones del Quijote*, debería ser filosófica, perspectivista y acorde al auténtico espíritu de la obra, una crítica que explícitamente se ejerciera como “patriotismo”, de ahí el conocido planteamiento de Ortega y Gasset:

Es, por lo menos, dudoso que haya otros libros españoles verdaderamente profundos. Razón de más para que concentremos en el *Quijote* la magna pregunta: Dios mío, ¿qué es España? En la anchura del orbe, en medio de las razas innumerables, perdida

entre el ayer ilimitado y el mañana sin fin, bajo la frialdad inmensa y cósmica del parpadeo astral, ¿qué es España, este promontorio espiritual de Europa, esta como proa del alma continental? (168)¹

En lo que se refiere a la Generación del 27, no han faltado estudios monográficos en los que se pone de manifiesto la presencia constante, si bien desigual, del caballero andante en los escritores de ese grupo. Aunque no en todos fue igual ni tuvo el mismo carácter, me voy a ocupar aquí de la visión que Salinas dio de Don *Quijote* sobre todo y de su creador, visión crítica tardía que sorprende por cuanto Salinas se doctoró en 1917 con una tesis sobre los ilustradores del *Quijote*. Será tardíamente, en el exilio, con una situación económica mala y bajo los auspicios del centenario, cuando le dedique unos artículos, alguno aparecido como conferencia en primer lugar, que muestran no sólo la idea que tenía Salinas de don Quijote, sino de la humanidad y de la literatura misma. A pesar de que es una fina sensibilidad y un equilibrado sentido de la ficción lo que predomina en estos escritos, en los que parece que la política está del todo ausente, como ha señalado Ruiz (180): “Además de señalar los rasgos que –como el perspectivismo– conforman la modernidad del *Quijote*, como otros exiliados interesados en la obra el heterodoxo Cervantes, subrayará también aquellos aspectos del personaje cervantino que mejor sintonizaban con su propia peripecia vital e intelectual”.

Hay que decir que la actitud crítico literaria de Salinas no es erudita ni canónica crítica filológica, como ha señalado Florit Durán (4); Salinas se acercaba a los textos, como él mismo dijo, desde el amor, no desde la fría erudición académica. Más explícito, Mainer ha puntualizado que su crítica era:

De identificación emocional con la literatura que, por un lado, arraiga en su materialidad de obra humana y en su significado histórico, pero que, a la vez y por otro camino de afectividad, vivifica y divulga valores que están más allá de contingencia histórica y que actualizan constantemente el texto. (107)

El mismo Salinas, en una carta escrita a Blecua en 1951, fue muy claro al respecto:

Yo, profesor de literatura de oficio y crítico de afición, defiendo siempre al lector. Se olvida muy fácilmente desde los zancos de la pedantería profesoral que el poema ha sido escrito para ser leído y vivido por el lector. [...] La función del crítico es aproximar el poeta al lector y no encaramarse sobre ellos y que le sirvan de escabel para su vanagloria. (20)

Cuatro son los elementos salinianos que Enric Bou (21) ha destacado en relación con los escritos sobre don Quijote: el carácter, en muchos casos, de deuda y reivindicación; destacar el valor vital o la capacidad de infundir vida del *Quijote*; la obra cervantina es la primera novela moderna en la que se recoge el sentido trascendente de la realidad, “el sentido simbólico, que nos lleva más allá de la aventura, de la trama, del personaje” (21); como exiliado en América, el poeta del 27 relaciona la obra como una invitación al ejercicio de la libertad. El mismo Bou ha hablado de estos textos no como trabajos eruditos, sino “textos más cercanos al *divertimento* en los cuales juega con pericia con el juego textual” (21-22). En la línea de degustación profunda de los textos y la valoración del lector como

¹ Sobre la presencia de don Quijote en la filosofía del exilio ha realizado un interesante estudio Mora García 2010.

auténtico destinatario de las obras literarias tenemos la mayor parte de la producción crítica y teórica literaria del estilista Dámaso Alonso, compañero de generación de Salinas.

Es “Don Quijote en presente” (mis citas de estos escritos cervantinos responden a la edición que aparece en las *Obras completas II. Ensayos completos*, editados por Cátedra en 2007) el primer escrito que le dedica al *Quijote*, uno de los más amplios y significativos, pues Salinas se extiende desde el concepto mismo de los clásicos hasta la función del caballero en aquel presente. Existían reparos en el momento que escribe el poeta frente a los clásicos en tanto que se ven como una amenaza, fraude o estafa en plena barbarie moderna; fue Oscar Wilde el que dijo que hay quienes guardan a un clásico para dar con él en la cabeza a los innovadores que se saltan el canon. No puede dejar de estar implícita aquí otra querella entre antiguos y modernos, no es “lo último”, los best-sellers, lo que interesa a Salinas, para él estar al día es dominar el milenio. Los clásicos son, frente a lo que se considera lo más moderno, otra cosa: “Mi definición de clásico dice así: un clásico es un libro que presta siempre al espíritu del hombre un servicio de máxima calidad” (1119). El ser un clásico explica que la obra pueda admitir distintas interpretaciones a lo largo del tiempo. Y en ese sentido el *Quijote* sigue vigente y prestando una función al hombre de la época que se resume en “su capacidad de actuar vitalmente, en alto grado, sobre nosotros, de movernos extraordinariamente a sentir y a pensar mucho más allá de lo usadero y extraordinario” (*idem*).

Episodios como el de la venta o el de los molinos, que se vienen aportando como síntomas de demencia, no serían más que una forma de hacer que las cosas sean como queremos que sean, “que las verdades se desenfocan para que parezcan caricaturas de verdades. Las acciones se deforman, de modo que aparenten ser sombras de acciones. Pero hay caricaturas sin realidad auténtica de la persona, no hay sombras sin cuerpos que las den” (1121). El dominio de las cosas no puede ser más que objetivo del poeta nefasto, y propio de un materialismo que rechaza. En este sentido, don Quijote es un antídoto perfecto. Las cosas, el dinero del que Quevedo hablara, hace que se olvide la parte interna y espiritual del hombre. No hay estímulos para las acciones que tienen las ideas morales, pero en el *Quijote* se da otra situación:

Y aquí es donde aparece, cabalgando en su rocín eterno, nuestro clásico don Quijote. Es un hombre entero y verdadero, el hombre que nunca deserta de su alma. En cualquier aventura que se le busque lo hallaremos en perfecta concordancia de presencia y acto. Hace lo que cree y por eso lo consume con tal temple de heroísmo. (1125)

Es pues “el caballero de la unidad”, guiado siempre por la idea moral de hacer aquello que cree que es justo hacer frente a la “invalidez moral” de aquellos que dicen creer en la justicia, pero de inmediato manifiestan su escepticismo al respecto, o de los que creen que hay que hacer el bien, pero desisten porque se dejan llevar por la creencia de que no se puede ser bueno:

No renegó nunca del mundo exterior, no se encerró en su aposento de la aldea, a leer novelones y a poblar el aire de mandobles imaginarios. Tenía sed de vida, de auténtica y noble vida, como dijo Unamuno. Sus salidas, bien llamadas están así: salidas fueron del círculo de su conciencia, al enorme círculo de la realidad. Iba en busca de la compenetración del uno con el otro, encendido en el Adán de acabar con la trágica antinomia de ideas buenas y cosas malas. (1127)

Ejemplo moral en un mundo que, marcado por el materialismo, ha olvidado la línea que separa el bien del mal. Nunca Salinas pondrá de manifiesto más claramente la actualidad del *Quijote*. El quijotismo no es, pues locura, es ejemplaridad que se extiende. Bondad quijotesca que ha sido vista por otros. Escartín Gual (26) extrae una sabia conclusión al respecto: “La locura de don Quijote es relativa, dado que el personaje siempre actúa de acuerdo a su ideal y todos sus actos rinden cuentas a su deseo de bondad y justicia”.

En esta línea, Juan Gil Albert nos ofrece su visión cervantina en “Alonso Quijano El Bueno –Lección-”, donde destaca la Bondad como un valor poco apreciado en la época o, cuanto menos, poco considerado; para él, en cambio:

La Bondad es vigorosa y su poder es tal que un buen rayo de su luz que apunta en nosotros puede transformar por un instante, como buen milagro, la sombra de la creación; ser bondadoso no es ser pasivo, sino por el contrario, es vivir en la más intensa de las actividades. (*ibidem* 10)

La Bondad no se opone a la Inteligencia, y Gil Albert aporta más de un caso que nos presenta la obra. Este mismo autor publica en 1947 un *Bosquejo biográfico de Cervantes*, donde da cuenta de los hechos más significativos de la vida del autor del *Quijote*, por lo que se inscribe en la línea crítica “cervantista”. Una visión positiva encierra también el artículo de José M. Gallegos Rocafull “El mensaje de esperanza de Cervantes. Aún hay sol en las Bardas”, donde se destaca la esperanza de Cervantes quien, a sus sesenta y ocho años de edad, publica la segunda parte del *Quijote*, la esperanza del hidalgo que rondando los cincuenta años salía por los campos de Montiel en un clima general de incompreensión por parte de sus familiares y amigos, y la esperanza del pueblo español. La esperanza de don Quijote, que conlleva el riesgo y la incertidumbre, es salir a defender la justicia universal. “Su esperanza era afirmación en su propio ser” (11), afirma Gallegos Rocafull, “su esperanza es fidelidad a su misión, su empeño de ser hasta la muerte el que él es y no el que le quieren hacer sus amigos y familiares” (*idem*), esperanza de trascendencia filosófica innegable: “Anticipándose en años a Spinoza y en siglos a Schopenhauer, Cervantes sabe que toda voluntad de ser, que es el fondo más radical de nuestra existencia, se condensa y vierte en una sola esperanza, la de ser cada uno lo que es” (*idem*).

Pero no todas las visiones son positivas, como la de Salinas o Gil-Albert. Juan José Domenchina va más allá, pues no ignora el sentido simbólico que encierra la obra cervantina en ese momento, aunque destaca su vertiente pesimista, obviada por tantos autores de esa generación:

Angustia pensar que, en efecto, el aporreado y asendereado don Quijote, paladín de la justicia abstracta y perpetrador incansable de todo género de abalanciosas fechorías contraproducentes, sea el más cabal trasunto de nuestra indómita España, hecha a sufrir en fementidos lechos e impeorables posadas arrieriles, que con sus castillos en el aire, la vergonzante inquina y las solapadas u ostensibles zurras de todos los embaidores o encantadores de este mundo. Angustia pensar que a los desarraigados españoles no nos queda ya más recurso que el desplante quijotesco: la jactanciosa intención ideal con que se peralta quien no pisa tierra firme. (15)

El autor del 27 sabe que los españoles somos posterioridad del *Quijote* por la esencia española que Cervantes le infundió, no por la influencia que haya podido tener la obra en los españoles de a pie, esos que no leen y no pueden ser influidos por la obra del manco de Lepanto. Y en algunos españoles el espíritu quijotesco ha cuajado con más fuerza. Y como

autor más “quijótico o aquijotado” de los siglos XIX y XX destaca Domenchina a Unamuno, cuya valoraciones, vertidas en *Vida de don Quijote y Sancho*, no puede menos que rechazar y explicar como una actitud de “respingo o despique de resentimiento” de Unamuno, de “invidencia emulativa” (*idem*).

En “La última victoria de Don Quijote” Salinas no deja de mencionar esa enrevesada dualidad entre muerte/ vida, realidad/ ficción, y el poder adictivo de un fenómeno que desde el principio saltó de la obra en papel que lo gestó:

Quedan los grandes héroes estampados para siempre con la póstuma virtud de seguir sumando a las víctimas lo que se ganaron en vida otras y otras más logradas por los campos de los siglos, después de su tránsito. Tal suerte la de Don Quijote. Ente de razón dechado de la más admirable sinrazón, nunca existió y siempre está vivo. De contagioso y pegadizo que es, el quijotismo parece morbo. Nadie presume de inmune a esa nobilísima dolencia; así la padecen individuos como pueblos, sujetos trastornados o imperios salidos de quicio. (1129)

Y es la actitud del senador norteamericano Thomas T. Connelly la que sirve al poeta para (de)mostrar el triunfo al que pueden conducir las quijotadas. Parangonadas las actuaciones del senador y el caballero andante, Salinas no puede pasar por alto la situación de Europa:

Quizá es, que aunque ni estimamos cabalmente los poderes de la suasoria, y nuestra ligereza nos lleva a matanzas y desastres, que como los ocurridos en la guerra con Hitler y Mussolini acaso hubieran sido de evitar, con invitarles a tiempo, tal como se hace ahora con Franco, a que se apearan, por su pie, de sus sendas dictaduras. (1131)

Pero Salinas no quiere entrar en el tema de la Dictadura española, esta alusión, tan quijotesca por otra parte, es como una esperanza que pudiera convertirse en realidad, pero como todos sabemos no fue así. Y la posibilidad del fracaso se contempla enseguida, el senador tejano había caído en el embrujo quijotesco, pero en España la situación era otra:

¿Qué si esa proposición se aprueba Franco seguirá de mandón en España?

¿Y qué?

¿Qué la morisma montada, continuará caracoleando en torno al caudillo, jineta en caballo de albos, según se cuenta, como aquel en que Santiago –Patrón de España, me parece-, por obra del franquismo? ¿Y qué? Tengo que volver a decir.

¿Qué algunos millones de personas se pasarán algunos años más, o en las cárceles o en la miseria, o muchísimos más en la eternidad –la celestial o la infernal, según les toque-, por obra del franquismo? ¿Y qué? Tengo que volver a decir. (1133)

Provocadoras interrogaciones para el que siempre fue un modesto profesor en el exilio. Una aparente indiferencia que sólo se justifica porque todos los maleficios de España y Europa los coloca en un lado de la balanza, en el otro el quijotismo del que el senador tejano había mostrado su utilidad. Pero no todos los críticos del caballero de la Mancha se habían mostrado tan comedidos. Más contundente es Felipe González Martínez quien, tras dar una visión de conjunto de la España de Cervantes, no duda en preguntarse:

¿Por qué esta vida fracasada y esta gloria tardía no han de ser el símbolo de la España de hoy, de esta España empobrecida y deshonrada, sumida en el más ignominioso de los cautiverios, víctima de la envidia y de la traición, mutilada en su brazo sustentador de hazañas seculares, esta España que, como el héroe cervantino,

sufre la pedrea de los galeotes, la agresión de los yangüeses y la andanada frailuna en la mesa de los duques? ¿Por qué España no ha de sentarse en breve plazo a la mesa de la paz, en su papel de civilizadora del viejo mundo y de hermana espiritual de los pueblos de América en noble y santa misión, en ejemplar cruzada contra imperialismos insaciables y dictaduras grotescas? [...]

La España de Cervantes, enlutada, pero serena, aguarda la hora de la justicia. (3)

Esta visión pesimista enlaza con la de Ramiro de Maeztu que, aunque también escribió una obra sobre el libro emblema, no es citado ni una sola vez en el homenaje de *Las Españas* ni en los escritos de Salinas. Y es que ya Byron había situado la ruina de España y los españoles en la obra de Cervantes, “un gran libro que mató a un gran pueblo”, y Maeztu, en 1905, lo considera decadente. Años después puntualizará la polémica opinión vertida:

Han pasado veinte años, y el periodista se explica bien de que España defienda sus valores históricos. Es obligación de todos los pueblos sostener su patrimonio espiritual, en la medida de la justicia, frente a cualquier ataque. El *Quijote* es obra grande y decadente al mismo tiempo. [...] Unas veces veía en el Quijote la expresión y otras la causa de la decadencia. Esta indecisión, hija de la inmadurez de un pensamiento que se estaba formando, basta para explicar que no me entendiese. Pero lo que debió entenderse desde el primer momento, y no me explico que no se entendiera, porque su evidencia no puede discutirse, es que en el *Quijote* tenemos que ver el libro ejemplar de nuestra decadencia. (Maeztu 1938, 20)

Esta vez aclara que la decadencia, según preceptos nietzscheanos, no afecta al valor literario ni moral ni ético de una obra, sólo expresa su momento vital. González Martínez se mueve en esta dirección pues, aunque reconoce la decadencia, no ha perdido la esperanza, y ahí se centra su mensaje.

El caso de Azorín es similar. *La ruta de don Quijote* recorre los distintos escenarios de la obra de Cervantes, y las ruinas castellanas le llevan a reflexionar de inmediato sobre la decadencia nacional. Frente al entusiasmo unamuniano, Azorín presenta los espacios recorridos por el hidalgo manchego con mayor distanciamiento, y frente al recuerdo de las viejas glorias pasadas que realizan otros autores, Azorín muestra su tedio hacia esa ruta que hace responsable de la locura cervantina, de la locura española, para él insana a la par que excesiva y estéril. Esta locura es la responsable del atraso por perpetuar la inercia en el declive, por eso termina Azorín con las siguientes palabras:

Y ésta [la exaltada fantasía manchega] es –y con esto termino- la exaltación loca y baldía que Cervantes condenó en el *Quijote*, no aquel amor al ideal, no aquella ilusión, no aquella ingenuidad, no aquella audacia, no aquella confianza en nosotros mismos, no aquella vena ensoñadora, que tanto admira el pueblo francés en nuestro hidalgo, que tan indispensables son para la realización de todas las grandes y generosas empresas humanas, y sin las cuales los pueblos y los individuos fatalmente van a la decadencia. (183)

En la recopilación de trabajos que realiza posteriormente Azorín en su libro *Con Cervantes* (1940), también de marcado carácter literario, matiza mucho esta posición primera, entre otras cosas porque la variedad de temas tratados le permite abordar más aspectos de la obra cervantina. Y aludo a estos autores del 98 no sólo por haber tratado el tema que me ocupa, sino por la afinidad de ideas que se pueden detectar entre algunos de

ellos y Salinas. Ha sido Pozuelo Yvancos quien ha señalado que el Salinas crítico y ensayista está muy próximo a la generación del 14 por afinidad e ideas, valores y referencias, Pozuelo no duda en integrarlo en el Centro de Estudios Históricos.

En “Lo que debemos a Don Quijote” Pedro Salinas sigue en la línea positiva que hemos mencionado ya. Ahora, en el centenario de Cervantes, se reivindica como forma suma de homenaje la *lectura con amor*. De nuevo la defensa de los clásicos, vivos siempre. Y el Salinas crítico, al margen momentáneamente del bien y el mal, reivindica como mérito del *Quijote* haber aportado un nuevo concepto de novela en el seno de un panorama en que existían la novela de caballerías, la novela pastoril y la novela morisca, y también la novela picaresca, la novela social o la novela del desvalido o *underdog*. El gran valor del *Quijote* fue convertirse en la novela “summa”, pero no debe entenderse que Cervantes se limitará a amontonar aspectos de estas manifestaciones novelísticas. Lo que hace es retomar valores parciales de éstas dándoles más alcance y profundidad. Don Quijote está solo frente a todo y todos, es el héroe de esa nueva novela. Sancho no es para Salinas otro personaje, él habla de un *personaje dual* que incluye a ambos. Siguiendo a Unamuno, Salinas llama a Don Quijote caballero de la bondad puesto que es lo que persigue como norma de vida. Cervantes pone a andar a este personaje dual y es el lector, en un ejercicio de libertad, el que debe elegir. No comparte Salinas sin embargo la idea unamuniana de que Cervantes no entendió a Don Quijote: “En el fondo de su alma Cervantes está por don Quijote. Pero no nos dirá nunca que lo está, no” (1144). Y ese es el gran ejercicio de libertad.

El profesor y crítico, exiliado y hablando en Colombia, alude al carácter quijotesco de los libertadores, y también al carácter quijotesco de los conquistadores. Y ya que de autores exiliados en América estamos hablando, ya sea en el norte o en países de habla hispana, no se puede dejar de mencionar a Don Quijote en este ámbito, pues situarlo como ejemplo de conquistadores y liberadores no es suficiente.

Tras la pérdida del Imperio, Daniel Tapia habla de “don Quijote desterrado”, desterrado desde el momento en que Cervantes lo pone junto a Sancho a recorrer el mundo. Y ambos llegan a América:

Así han llegado a México; los hemos traído a México ya que cada uno de nosotros los lleva dentro de sí, los sabe en su interior desde que Cervantes los alumbrara y situase para ser vistos. Hermanos son Don Quijote y Sancho, hermanos inseparables, de dicha e infortunio. (5)

Y es que, por otro extraño encantamiento, don Quijote y Sancho se encuentran en América:

Han salido fuera de su patria y hállanse a la verdad absortos ante el milagro y peripecia del destierro, tan español por lo demás, pues se diría que no se es completamente español, español cabal, sin la dimensión que aporta el destierro, y que no es otra que la de vivir en vilo, fuera de sí. (*idem* 14)

La presencia de don Quijote en América ha sido tratada en numerosos trabajos. El hecho de que la obra llegara al Nuevo Continente muy pronto es importante, así como los dos intentos –fallidos- de Miguel de Cervantes de que le enviaran al Nuevo Mundo con algún cargo. Sin embargo, la presencia de América en Don Quijote, como en el resto de las obras de Cervantes, es reducida, se limita a alusiones que responden a ideas comunes de la época. Así lo pone de manifiesto Adriana Arraigada de Lassel: “La visión de Cervantes se confunde con la de sus contemporáneos y compatriotas”, esto es, se considera refugio de los desesperados de España, fuente de enormes riquezas, etc. (14).

Esteva Fabregat, español que vivió el exilio en México, ha reflexionado sobre los “quijotismos” que se han dado en las culturas hispanoamericanas. De sus propias experiencias como exiliado saca un sentido que se da con mucha frecuencia en los años cuarenta: “[El fin de una lectura del *Quijote* con sus compañeros ideológicos (*sic*) era]: el de procurarnos una reflexión sobre la figura histórica del *Quijote*, más en función de encontrar sentido a su desorden mental, a encontrarlo en su metáfora existencial” (28). Lo que buscaban, en definitiva, estos jóvenes exiliados era, a través de una indagación histórica de la que el *Quijote* podía constituirse en guía, buscar las fuentes del colapso histórico que vivía España y ellos mismos como exiliados. El mismo Esteva Fabregat ha señalado tres niveles de lectura de la obra de Cervantes que responden a tres visiones diferentes: en primer lugar, la lectura que atiende a las aventuras presentes en la obra, que se constituiría en una forma de estética; en segundo lugar, la lectura de los exiliados que quieren saber si el *Quijote* les puede proporcionar pistas de identidad válidas para sí mismos; y, en tercer lugar, la lectura que tiende a buscar en el mundo hispanoamericano los elementos quijotescos, lectura que terminaba convirtiendo la obra en un sincretismo de semántica cultural. En lo relativo al último punto, la realidad de la conquista y posterior colonización hace difícil hablar del espíritu de Don Quijote en tal empresa, hecho que sí han detectado algunos críticos en los ideales que portaban algunos conquistadores, en el mestizaje (y la consecuente necesidad de convivencia de culturas distintas) y, sobre todo, en el ideal que mucho tiempo después surgirá en caudillos libertadores en los que su oposición a la vieja colonia portando unos ideales de libertad y justicia violados por los españoles sí puede inscribirse claramente en el ámbito del quijotismo.

En este sentido ha afirmado Colomer Viadel:

Don Quijote es el arquetipo de ese imperativo moral que nos hace luchar por la justicia y la verdad pese a estar en posición desventajosa, pese a llevar un armamento ridículo e insuficiente, porque hay algo que nos atormenta, que nos remueve las entrañas, que nos hace gritar, a pesar de todos los riesgos, de los anuncios de las causas perdidas. (9)

Este espíritu es el que detecta Colomer en algunos evangelizadores como Bartolomé de las Casas o Vasco de Quiroga, pero también en Bolívar, Martí, Zapata o Ernesto “Che” Guevara. Y es que “don Quijote es caballero no por su linaje sino por su fidelidad al servicio de las causas justas y de los débiles y desvalidos” (*idem* 17), idea también presente en los exiliados españoles. De la misma manera Antonio Rodríguez destaca cierta similitud existente entre el Quijote y las empresas de Cortés, Bartolomé de las Casas, Pedro de Gante, Vasco de Quiroga o el padre Antonio Vieira, pero no oculta que “la conquista, pues, salta por encima del idealismo quijotesco para convertirse en ‘pozo de ignominias’, como le llamó, en su *Historia de Portugal*, el gran pensador lusitano Oliveira Martins” (51).

En “Don Quijote y la novela” Salinas da unos apuntes más sobre el mérito cervantino presente en su novela universal, ser “insuperablemente original”(1145). Pero además de ser una novela trascendental, entretiene, al ser una novela inclusiva abandona antiguas geografías fabulosas o ficticias e introduce a España y al pueblo español. Y eludiendo el pintoresquismo y el costumbrismo de los románticos, logra hacer una novela universal. Todas las gentes, con independencia de su condición u origen, están presentes. En la novela es Sancho quien más progresa en sus ideas, hecho motivado sin duda por su aprendizaje de don Quijote. Y, en definitiva, cada uno interpreta a su manera porque “Cervantes siempre propone, nunca impone” (1148). Sin duda alguna es esta una de las razones que justifica las reescrituras del *Quijote*. Marcela Ochoa Penroz ofrece versiones muy distintas de estas reescrituras, que son estudiadas con rigor. Como es lógico, debido a

la enorme cantidad de versiones existentes, la autora realiza una selección bastante oportuna (un simple catálogo de continuaciones e imitaciones sería interminable) basándose en la idea de que:

Las continuaciones o prolongaciones del *Quijote* en general han sido proléticas; esto significa que se habla del personaje a partir de la edad que tenía en el libro de Cervantes (no se inventa la juventud de don Quijote, por ejemplo). Como la ley de Lavoisier, que dice que en la naturaleza nada se pierde sino que todo se transforma, la hipertextualidad se basa también en una ley de equilibrio: un texto nunca muere; cada día renace en forma de palimpsesto. (11)

Hay que decir que desde el principio, cuando se habla de interpretaciones del *Quijote*, se alude no sólo a interpretaciones literarias, sino artísticas en general; es lo que hace, un año después del Centenario, M. García Blanco. Romera Navarro también estudia en la década de los cuarenta las correspondencias existentes entre las interpretaciones literarias y pictóricas del Quijote.

En la “Carta abierta de Pedro Salinas”, publicada en el número homenaje de la revista *Las Españas*, Salinas pide una buena edición de la obra de Cervantes que la hiciera asequible al “pueblo entero de habla española”, “aprovechándose [la fijación del texto] de todos los progresos hechos en la crítica textual moderna del *Quijote*”. Por la existencia de importantes especialistas en el *Quijote* tanto en Estados Unidos como en Hispanoamérica, y por la existencia de editoriales importantes en los países de habla hispana, cree que tal edición debe proceder de ahí, lo que le otorgaría una significación especial. Y, en efecto, con motivo del Centenario del Nacimiento de Miguel de Cervantes surgen ediciones del *Quijote* dignas de mención, aunque de calidad desigual: Gómez de la Serna edita en México, “sin variar una palabra su texto”, en la editorial Hermes, la obra de Cervantes en 1947; en el mismo año, en Argentina, aparecía una edición del “texto completo precedido de la Vida y Obra de Cervantes” con ilustraciones de Gustave Doré y un mapa con la ruta seguida por Don Quijote (Buenos Aires, ed. Cúspide, Joaquín Gil), Espasa-Calpe Argentina publica su novena edición de la obra, la Editorial Anaconda saca otra edición, así como las editoriales Sopena Argentina, Atlántida, Estrada Editores y la Editorial de Grandes Novelas. El interés por el Quijote en Argentina es tal que la Biblioteca Nacional Argentina publica en 1947 *Ediciones del Quijote en la Biblioteca Nacional*, catálogo que contaba con 62 páginas. A esto hay que unir las ediciones que este mismo año aparecían en Francia, Italia, Austria, Polonia o Finlandia, las cuales avalaban la universalidad de la obra. Tres años después de la celebración del Centenario Rafael Heliodoro Valle y Emilia Romero dan cuenta del gran interés crítico despertado por Cervantes en Hispanoamérica más allá de la edición de su obra más conocida. No es de extrañar que décadas más tarde surja, desde Argentina, un riguroso estudio de *La lengua del Quijote*, que le debemos a Ángel Rosenblat.

Para Bou, “Pedro Salinas, desde su humilde papel de profesor de literatura y conferenciante, fue un eslabón esencial en la difusión del *Quijote* en tierras americanas. En especial entre los escritores posmodernos norteamericanos” (17). Y se citan escritores de la importancia de John Barth o Robert Coover. Y es que Quijote y posmodernidad se han llevado bien, recordemos a Borges con su *Pierre Menard, autor del Quijote*. Además, “El *Quijote* o algunas lecturas del mismo pone en evidencia la difícil estabilidad del yo en nuestro tiempo. Así, por ejemplo, en la lectura que efectuó Paul Auster” (Bou 18).

“La grandísima aventura de Don Quijote” se centra en el hecho excepcional de la publicación del *Quijote* de Avellaneda. En efecto,

se ha cerrado el círculo: el héroe ficticio es carne para D [...]; el héroe corporal, se hace ficción. Ahora D[on] Q[uijote] podrá ser, respecto a otros muchos lo que *Amadís* fue para él: espoleo de sueños, acicate de aventuras, invitación a travivirse. ¿Qué más triunfo? Se es no cuando se existe en carne y hueso sino cuando se existe en leyenda. (1151)

La erudición desplegada en torno al libro de Cervantes había sido criticada con mucha frecuencia por considerarla responsable de que se olvidara el considerado mensaje fundamental del libro. Hay que recordar que son los románticos alemanes los que empiezan a interpretar la obra española. Todavía en 1947, en los intelectuales españoles, está presente esa necesidad de interpretación y estudio profundo del contenido que es lo que les hace rechazar los estudios formales. Pero las cuestiones crítico-literarias no podían ignorarse ya (Casalduero publicó en 1949 una obra que ha perdurado porque el análisis formal va acompañado del análisis del sentido del *Quijote*, que es el que se quiere destacar en este momento), tampoco la edición misma del texto cervantino. “La última palabra de Don Quijote” empieza por ese popular olvido que abre la novela. Con ese hecho llega Salinas a la defensa de la ambigüedad y el equívoco. Y sus discrepancias con Ortega: no cree Salinas que el *Quijote* fuese escrito para que lo entendiesen en metafísica, sino para que lo entendiesen los lectores de a pie, que han reído y llorado con él, que a través de él han vivido su vida. El *Quijote* puede ser una estimulación, pero estimulación filosófica en tanto que descubrimiento de la verdad, resolución de problemas y reducción a una conclusión en un mundo complejo: “Ni el *Quijote* es un cuento de niños, ni un problema filosófico; es un poema épico”. (1154)

Bonito y apasionante es el último escrito que le dedica Salinas al *Quijote*, “La mejor carta de amores de la literatura española”, y Salinas sabía de cartas, recordemos su estudio fundamental en este campo, “Defensa de la carta misiva y de la correspondencia epistolar”, estudio incluido en *El defensor* 1948 (en las *Obras Completas* aparece a partir de la página 849 del vol. II). Don Quijote quiere escribir a Dulcinea una carta de amor según los cánones de las novelas de caballería, pero a falta de papel adecuado, se la hace memorizar a Sancho que, lógicamente, la olvida. Además, el mismo don Quijote reconoce que Dulcinea no sabe leer ni escribir. Farsa con reconocimiento implícito de ambos actores en tanto que hay que partir, además, de que Dulcinea no existe, pero don Quijote imita así a los caballeros andantes; sin embargo, lo que en los libros de caballerías era un tópico con sentido, aquí se convierte en un disparate literariamente fraguado que sirve para dar pie a un episodio de habilidad literaria incuestionable que fascina a Salinas y, como ha visto Enric Bou, “en la carta están presentes todos los misterios y claridades de la novela entera, todos los descubrimientos y encubrimientos del alma empareja de su autor” (22).

Ortega y Gasset calificaba al *Quijote* de ser tal vez el único libro verdaderamente profundo de nuestra tradición y, en ese sentido, es claro al respecto: “Sin duda; la profundidad del *Quijote*, como toda profundidad, dista mucho de ser palmaria. Del mismo modo que hay un ver que es mirar, hay un leer que es un *intelligere* o leer lo de dentro, un leer pensativo. Sólo ante éste se presenta el sentido profundo del *Quijote*” (124). O Menéndez y Pelayo (II 265 y ss.), que consideraba a Cervantes grande por ser un gran novelista. Pero lo que Rebolledo niega es que el *Quijote* haya cumplido con una misión superior otorgada:

Ni en su época ni en la nuestra el *Quijote* ha cumplido el eco que su designio parecía reclamar. Si fue en efecto un consejo y una advertencia sobre la disociación de la vida española, como siempre, ni fue escuchada la advertencia ni el consejo seguido.

Más aún: Me atrevo a afirmar que el idealismo con que don Quijote dio nombre y estilo a la persona española ha venido a la larga a dañarnos, desfigurándola. (*idem*)

Lo que reivindica Rebolledo es la tragedia del hombre de carne y hueso, que estaría representada por Sancho, hombre que sufre hambre e injusticias, y es eso, a su juicio, lo más importante que le aporta a don Quijote, no sólo su compañía. Por otra parte, don Quijote ha sido un sustento para revisar la conducta de los españoles, y en este sentido ha sido sometido a muchas interpretaciones. A juicio de Rebolledo ninguna de ellas ha llevado a buen puerto, entre ellas una muy familiar a los exiliados del 39, la de los autores del 98 que ven en el *Quijote* un símbolo de desazón y pesimismo y desprecian a Sancho (*cfr.* Suárez 1981), hecho calificado por Rebolledo de evasión ya que él, aunque no se atreva a suscribir a Unamuno cuando gritaba “¡Muera don Quijote!”, sí afirma sin vacilaciones: “No niego a don Quijote pero sí digo que existen muchos caminos aparentes para el quijotismo, y el seguido por nuestro caballero fue equivocado” (*idem*). En realidad, lo que este crítico hace, siguiendo la dualidad establecida largo tiempo atrás entre idealismo-Quijote / realismo-Sancho es adherirse al realismo sanchopancesco ignorando que ambas líneas no se dan en estado puro en la obra de Cervantes; la mencionada quijotización de Sancho es el caso más evidente, a ella habría que añadir la sanchificación de don Quijote, no menos importante por haber sido menos comentada. Posición clásica que Salinas rechaza desde el principio al fundirlos a ambos y hablar de personaje dual, como se ha visto ya.

En lo que se refiere a Unamuno, las cosas son más complejas. En su obra *En torno al Casticismo* recoge una idea de vertida en 1895:

Hay que matar a Don Quijote para que resucite Alonso Quijano el Bueno, el discreto, el que hablaba a los cabreros del siglo de la paz, el generoso libertador de los galeotes, el que, libre de las sombras caliginosas de la ignorancia que sobre él pusieron su amarga y continua leyenda de los libros de caballerías y sintiéndose a punto de muerte quería hacerla de tal modo que diese a entender que no había sido su vida tan mala. “Calle por su vida, vuelva en sí y déjese de cuentos”, dirá el engañado Sancho al pedirle albricias. (1938, 122)

En 1889 Unamuno publica un artículo que titula, de forma contundente, “¡Muera don Quijote!”, donde critica la banalidad de la gloria quijotesca, destaca el carácter anticristiano del ideal caballeresco y la soberbia de don Quijote, acusándole de creerse el ministro de Dios en la tierra. Pero como en el caso de Maeztu, y más allá todavía, esta opinión será negada en *Vida de don Quijote y Sancho* (1905a), obra de marcado carácter hagiográfico donde Unamuno da muestras de sus habilidades narrativas y ensayísticas. Según el mismo autor declara, la *Vida* es la ejecución literaria del programa crítico expuesto en el artículo “Sobre la lectura e interpretación del *Quijote*” (1905b). Afirmando la existencia real de los personajes cervantinos y erigiéndose él mismo en intérprete de Cide Hamete Benengeli, cuyo manuscrito dice tener, defiende que es su interpretación la correcta, y no la de Cervantes, cuando surgen discrepancias que, tras la publicación de la primera edición, le son reprochadas al escritor vasco. Que su posición frente a la obra cervantina ha cambiado radicalmente es un hecho, la exaltación de la figura del hidalgo manchego, que es comparado con el mismo Cristo, llega a eclipsar a su autor (en realidad Unamuno pretende eliminar a Cervantes), por eso ahora exclama:

¡Viva don Quijote!, ¡viva don Quijote vencido y maltrecho!, ¡viva don Quijote muerto!, ¡viva don Quijote! ¡Regálanos tu locura y deja que en tu regazo me

desahogue! Si supieras lo que sufro, don Quijote mío, entre estos tus paisanos.
(1905a 248)

Y es que cuando llega el momento final no es don Quijote quien muere, sino Alonso Quijano, de ahí que deposite sus esperanzas en Sancho, que le sobrevive qui jotizado, tesis, dicho sea de paso, que goza de bastantes adhesiones críticas, entre ellas la Fernando Rielo quien, más allá del simbolismo presente en un primer término en la obra de Cervantes, habla de parábola en relación a la muerte de Alonso Quijano:

La muerte de Cervantes y de Alonso Quijano ha quedado perfectamente situada en Don Quijote. Don Quijote, el ideal, no ha muerto. Ha muerto Alonso Quijano, pero no Don Quijote. Don Quijote es, en efecto, el alma de Alonso Quijano y al mismo tiempo de Cervantes. Lo que hace Cervantes, en definitiva, es trasladar el deseo de su muerte por amor divino a Alonso Quijano, y que Don Quijote, espíritu cervantino, le impugna en virtud de la gracia como adorno que le fue dado por Dios mismo en fusión con ese Cristo tan universal como hispánico del que, muriendo su cuerpo, era, a su vez, inalcanzable a su persona divina. (159)

Si Ganivet exalta la obra cervantina, Américo Castro la estudia con rigor en un estudio que viene siendo considerada la primera aportación crítica profunda y valiosa que realiza un autor español, hasta tal punto que su reconocimiento se mantiene en la actualidad. La obra a la que nos referimos es *El pensamiento de Cervantes*, publicada por primera vez en 1925 y notablemente ampliada en su segunda edición de 1972. Gestada alrededor del año 1920, el mismo Castro reconoce en la “Nota a la segunda edición” que nace en torno a la inquietud de si habían existido en el siglo XVI español presencias y reflejos del pensamiento renacentista. En 1925 Américo Castro denunciaba la ausencia de libros escritos por autores españoles que no fueran fruto de una lectura fervorosa y sí de una profunda meditación (la primera es calificada de “crítica esotérica”), como en el caso de algunos estudiosos extranjeros. Castro pretende buscar “problemas en Cervantes”, y lo logra, dando a la luz una investigación rigurosa en donde aborda un importante abanico de cuestiones críticas cervantinas.

Castro, en lo relativo a la filiación renacentista de la obra, abre una vía importante:

Muy lejos estaba de creer que Cervantes ofreciera en armónico y grandioso despliegue los más finos temas del Renacimiento italiano. Conocía los juicios agrupados en la introducción de este libro, y pensaba que Cervantes no era sino el maravilloso creador del *Quijote*, el artista de estilo único, etc. Comencé a vislumbrar otras posibilidades en 1916, al estudiar [el concepto del] honor [en los siglos XVI y XVII] en dos artículos de la *Revista de Filología Española*; vi que Cervantes reaccionaba de modo opuesto a los dramaturgos, y cómo su actitud no obedecía meramente a su espíritu compasivo y cristiano, sino a estar imbuido de la ideología renacentista. Por primera vez hallaba una conexión concreta entre Cervantes y el humanismo italiano. [...] Por mi parte no tuve sino caminar por la senda percibida en 1916 para llegar naturalmente al final del presente estudio. España participó de las corrientes renacentistas; y con Cervantes, en forma originalísima. (388)

Tal posición supone, en primer lugar, negar la falta de cultura atribuida por Menéndez Pelayo a Cervantes, pero también avanzar en relación a la posición de otro prestigioso crítico como Menéndez Pidal, que ligaba el Quijote a la Edad Media –por su

origen en el Romancero, el ideal caballeresco expuesto en él, etc.- Recordemos las opiniones de Menéndez Pidal:

En fin, lejos de pugnar Cervantes con el espíritu y con las ficciones de la poesía heroica, recibió del Romancero el primer impulso para pintar la ideal locura de don Quijote, y en el Romancero buscó gran parte de la inspiración y el ornato de la obra. [...] España, clima intelectual de los frutos tardíos, produjo el último florecimiento de la literatura caballeresca en Europa, haciendo penetrar los ideales caballerescos por las puertas de la Edad Moderna. (53-54)

No olvidemos que Américo Castro dedicó varias décadas de su vida a estudiar a Cervantes y su obra. Las ideas presentes en *El pensamiento de Cervantes* son matizadas en más de una ocasión. Sirvan de ejemplo las palabras presentes en *Cervantes y los casticismos españoles*:

En *El pensamiento de Cervantes* [...] tuve a mi alcance hechos suficientes para dar sentido de la ‘opinión’ y del honor en el *Quijote*, y no lo logré. No iluminé mis datos con adecuadas ideas, y me construí un Cervantes renacentista, humanista y melancolizado por las pardas nubes de la Contrarreforma. Hace cuarenta años no sospechábamos que la literatura española del siglo XVI hubiese sido una literatura de ‘castas’, y que el estoicismo y el erasmismo fueron funcionales y no modos abstractos e ideales de situarse el escritor en un imaginado mundo. (116)

Con posterioridad la filiación quijotesca se puntualizará con elementos barrocos como dualidades, oposiciones..., o el profundo sentido de desengaño presente en la obra (véase Maravall 1975, 1976 y Hatzfeld 1949, 1964). Queda, pues, situada la obra de Cervantes en el Renacimiento y con presencia de factores barrocos, hecho que, entre otras cosas, explica esa inauguración de la novela moderna que Salinas señala y la crítica actual no niega nunca.

Y no quiero terminar sin resaltar la coincidencia de Cervantes con el pueblo español, porque este pueblo casi nunca ha podido existir como es, y, como dice Gallegos Rocafull:

La supuesta anarquía del pueblo español no es más que afán incontenible de ser fiel a sí mismo, obstinada voluntad de que le dejen vivir como le sale de los redaños del alma. Si hay un pueblo con personalidad propia y una misión intransferible, es el pueblo español. Por eso tiene y ha de tener esperanza. También para el pueblo español aún hay sol en las bardas. (11)

Obras citadas

- Abellán, José Luis. “La herencia del erasmismo en la cultura española: el *Quijote*”. En *Historia crítica del pensamiento español*. Madrid: Espasa Calpe, 1979-1999. II, 97-107; y
- . “El *Quijote* como expresión de la crisis barroca: el pensamiento de Cervantes” *Historia crítica del pensamiento español*. III, 112-129.
- . “El *Quijote* como expresión de la crisis barroca: valores estéticos y doctrina filosófica”. *Historia crítica del pensamiento español*. III, 130-141.
- . “Don Quijote como símbolo del exilio”. En A. Alted. y A. Llusía dirs. *La cultura del exilio republicano español de 1939*. Madrid: UNED, 2003.
- . *Los secretos de Cervantes y el exilio de Don Quijote*. Madrid: Centro de Estudios Cervantinos, 2006.
- Arraigada de Lassel, A. *Imagen Fabulosa de Las Indias a través de Cervantes (conferencia)*. Santiago de Chile: Ateneo, 1992.
- Atenea. En Luis Durand ed. *Homenaje a Cervantes en el Cuarto Centenario de su nacimiento*. Santiago de Chile: Ed. Nascimento, 1947.
- Azaña, Manuel. *La invención del “Quijote” y otros ensayos*. Bilbao-Madrid-Barcelona: Espasa-Calpe, 1934.
- Blecua, José Manuel. “Una charla con Pedro Salinas”. *Ínsula* 70 (1951): 2.
- Bou, Enric. ”Periferias del *Quijote*. Lecturas y *Quijote*”. Pedro Salinas. “*Quijote*” y *lectura. Defensas y fragmentos*. Madrid: Biblioteca ELR Editores, 2005. 9-24.
- Carilla, Emilio. *Cervantes y América*. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad de Buenos Aires, 1951.
- Casalduero, Joaquín. *Sentido y forma del “Quijote”* (1949). Madrid: Ínsula, 1970.
- Castro, Américo. *El pensamiento de Cervantes* (1925). Barcelona-Madrid: Noguer, 1972.
- Casalduero, Joaquín. *Cervantes y los casticismos españoles* (1966). Nota Preliminar de Paulino Garagorri. Madrid: Alianza, 1974.
- Chacón y Calvo, J. M. y otros. *Homenaje a Cervantes* (sesión celebrada por el Ateneo de La Habana..., 23 de abril de 1947). La Habana: Ateneo, 1947.
- Colomer Viadel, A. “El quijotismo coral en nuestra América”. Miguel Panero Moya coord. *Don Quijote y América*. Universidad de Castilla-La Mancha, 1997. 7-19.
- Criado de Val, Manuel ed. *Cervantes. Su obra y su mundo. Actas del primer Congreso Internacional sobre Cervantes*. Madrid: EDI-6, 1981.
- Descouzis, Paul. *Cervantes y la generación el 98: La cuarta salida de don Quijote*. Madrid: Eds. Iberoamericanas, 1970.
- Domenchina, Juan José. “Apostillas –con motivo del cuarto centenario de Don Miguel de Cervantes Saavedra-”. *Las Españas* (1947): 5 y 15.
- “Editorial”. *Las Españas* 5 (1947): 1.
- Escartín Gual, Montserrat. “Don Quijote visto por Pedro Salinas”. *Ínsula* 700-701 (2005): 25-28.
- Esteva Fabregat, Claudio. “Quijotismos en las culturas hispanoamericanas”. Miguel Panero Moya coord. *Don Quijote y América*. Universidad de Castilla-La Mancha, 1997. 21-112.
- Fernández, Jorge R. “Presencia de América en la obra de Cervantes”. *Atenea* 268 (1947): 191-205.
- Florit Durán, Francisco. “Ganar corazones para la literatura: Pedro Salinas y el *Quijote*”. *Tonos. Revista electrónica de estudios filológicos* 8 (2004).
<http://www.um.es/tonosdigital/znum8/portada/tritonos/corazonesparaliteratura.htm>.

- Gallegos Rocafull, José Manuel. "El mensaje de esperanza de Cervantes. Aún hay sol en las bardas". *Las Españas* 5 (1947): 11.
- Ganivet, Ángel. *Idearium Español y El porvenir de España* (1940). Buenos Aires-México: Espasa-Calpe, 1976.
- García Blanco, A. "Algunas interpretaciones modernas del *Quijote*". *Revista de Ideas Estéticas* 22-23 (abril-sept. 1948): 137-166.
- García Sánchez, Jesús coord. *La generación del 27 visita a Don Quijote*. Madrid: Visor, 2005.
- Gil Albert, Juan. "Alonso Quijano el Bueno –lección–". *Las Españas* 5 (1947): 10 y 13.
- González Martínez, E. "La España de Cervantes". *Las Españas* 5 (1947): 3.
- Hatzfeld, Helmut. *El Quijote de Cervantes como obra de arte del lenguaje* (1949). Madrid: CSIC, 1972.
- . *Estudios sobre el barroco*. Madrid: Gredos, 1964.
- Jarnés, Benjamín. *Cervantes: bosquejo biográfico*. México: Ediciones Nuevas, 1947.
- Las Españas*. "Cuarto Centenario de Don Miguel de Cervantes" 5 (29 de julio 1947) [extraordinario].
- Lledó, Emilio. "Interpretación y teoría en *don Quijote*". *Anales Cervantinos* 5 (1957): 113-122.
- Luelmo, J. "Los valores renacentistas de la obra de Cervantes". *Las Españas* (1947): 8.
- Madariaga, Salvador de. *Guía del lector del "Quijote": ensayo psicológico sobre el "Quijote"* (1926). Buenos Aires: Sudamericana, 1947.
- Maeztu, Ramiro de. *Don Quijote, don Juan y la Celestina. Ensayos de simpatía* (1938). Madrid: Espasa-Calpe, 1972 11ª ed.
- Mainer, José Carlos. "Salinas, crítico". *Revista de Occidente* 126 (nov. 1991): 107-109.
- Maravall, José Antonio. *La cultura del barroco* 1975. Barcelona: Ariel, 1996.
- . *Utopía y contrautopía en el "Quijote"*. Santiago de Compostela: Ed. Pico Sacro, 1976.
- Martí de Cid, Dolores. "Presencia del *Quijote* en Hispanoamérica". *Sesión Académica de la Reunión Anual del Capítulo de Kansas de la "Asociación Americana de Profesores de Español y portugués", celebrada en 1962*. Kansas: Center of Latin American Studies, University of Kansas, 1963.
- Martínez Ruiz, Antonio, "Azorín". *La ruta de don Quijote* (1905). Madrid: Cátedra, 1998. 5 ed.
- . *Con Cervantes* (1947). Madrid: Espasa-Calpe, 1968.
- Mora García, José Luis. "Lecturas del *Quijote* en el exilio". En Antolín Sánchez Cuervo y Fernando Hermida de Blas coords. *Pensamiento exiliado español. El legado filosófico del 39 y su dimensión iberoamericana*. Madrid: Biblioteca Nueva/ CSIC, 2010. 164-202.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. "Cultura literaria de Cervantes y elaboración del *Quijote*". *Estudios de Crítica Histórica y Literaria*, edición preparada por Enrique Sánchez Reyes. Santander: CSIC, 1905. 7 vols.
- . *Historia de las ideas estéticas en España* (1940). Madrid: CSIC. Ed. Facsímil de 1992, vol. II.
- . *Historia de los heterodoxos españoles*. Madrid: La Editorial Católica, 1956-65. 2 vols.
- . *San Isidoro, Cervantes y otros estudios* 1959. Selección y nota preliminar de José María de Cossío. Madrid: Espasa-Calpe.
- Menéndez Pidal, Ramón. *De Cervantes y Lope de Vega* (1940). Madrid: Espasa-Calpe, 1973.
- Mesa, J. de. *América en la obra de Cervantes*. La Paz: Cuadernos del Instituto Boliviano de Cultura Hispánica, 1966.

- Millares Castro, Agustín. "Contribución a la bibliografía biográfica del autor del *Quijote*". *Las Españas* 5 (1947): 4.
- Miró Quesada, A. *Cervantes, Tirso y el Perú*. Lima: Editorial Huascarán, 1947.
- Nicolau D'Olwer, Luis. "Cervantes o la comprensión". *Las Españas* 5 (1947): 3.
- Mora García, José Luis. "Lecturas del *Quijote* en el exilio". En Antolín Sánchez Cuervo y Hermida de Blas coords. *Pensamiento exiliado español. El legado filosófico del 39 y su dimensión iberoamericana*. Madrid: Biblioteca Nueva / CSIC. 164-201.
- Ochoa Penroz, Marcela. *Reescrituras del Quijote*. Santiago de Chile: LOM Ediciones, 1997.
- Ortega y Gasset, José. Julián Marías ed. *Meditaciones del Quijote* (1914). Madrid: Cátedra, 2001.
- Panadero Moya, Miguel, coord. *Don Quijote y América*. Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.
- Pérez Bormujo, Fernando. *Tres miradas sobre el "Quijote"*. Unamuno-Ortega- Zambrano. Barcelona: Herder, 2010.
- Pérez Silva, Vicente. *Don Quijote en la poesía colombiana*. Bogotá: Editorial Guadalupe, 1962.
- Pozuelo, José María. "Pedro Salinas, crítico literario". *Lingüística Española Actual* 14, (1992): 107-125.
- Pulido Tirado, Genara. "El *Quijote* en el pensamiento literario de los exiliados españoles del 39". En Miguel Ángel Garrido Gallardo y Luis Alburquerque García coords. *El "Quijote" y el pensamiento teórico-literario*. Actas del Congreso Internacional celebrado en Madrid los días del 20 al 24 de junio de 2005. Madrid: CSIC, 2008. 447-468.
- Rebolledo, José Enrique. "Sobre el qui jotismo de Sancho Panza". *Las Españas* 5 (1947): 8.
- Río, Ángel Del. "Qui jotismo y Cervantismo". *Revista de Estudios hispánicos* 1 (1928): 241-267.
- Rodríguez, A. *El Quijote, mensaje oportuno. Apuntes para un ensayo de interpretación*. México: Cooperativa Talleres Gráficos de La Nación, 1947.
- Rodríguez, Juan. "Pedro Salinas y el *Quijote*". *Laberintos: revista de estudios sobre los exilios culturales españoles* 5 (2005): 180-83.
- Rodríguez Marín, Francisco. *El "Quijote" y Don Quijote en América* (Conferencias leídas en el Centro Cultural Hispanoamericano los días 10 y 17 de marzo 1911). Madrid: Suc. De Hernando, 1911.
- . *Estudios cervantinos*. Madrid: Atlas, 1947.
- Romera Castillo, José. "Don Quijote como *alter ego* de Cervantes". En Manuel Criado de Val ed. *Cervantes. Su obra y su mundo. Actas del primer Congreso Internacional sobre Cervantes*. Madrid: EDI-6, 1981. 493-499.
- Rodríguez Fischer, Ana. *Miguel de Cervantes y los escritores del 27. Suplementos Anthropos* 16 (julio-agosto 1989): 3-5.
- Romera Navarro, Miguel. "Correspondencia entre las interpretaciones literarias del *Quijote* y las pictóricas". *Hispanic Review* 12 (1944): 152-157.
- Rosenblat, Ángel. *La lengua del "Quijote"*. Madrid: Gredos, 1978.
- Salcedo, Emilio. "Cervantismo y Qui jotismo". *Anales cervantinos* 3 (1953): 311-328.
- Salinas, Pedro. "Lo que debemos a Don Quijote". *Revista de la Universidad Nacional de Colombia* 10, noviembre (1947) [conferencia convertida en ensayo y publicado en *Ensayos completos*. Madrid: Taurus, 1983, vol. III].
- . "Don qui jote en presente". *Revista de las Indias* 83 (nov. 1945): 5-22.
- . "La última victoria de Don Quijote". *Las Españas* 2, 3 (enero 1947): 3 y 15.
- . "Don Quijote y la novela". *The Nation* 20 de diciembre (1947): 682-683.
- . "La mejor carta de amores de la literatura española". *Asomante* 2 (1952): 7-19.

- . "Carta abierta de Pedro Salinas". *Las Españas* 2, 5 (1947): 2.
- . Enric Bou y Andrés Soria Olmedo. eds. *Obras completas II. Ensayos completos*. Madrid: Cátedra, 2007.
- . Enric Bou ed. *Quijote y lectura. Defensas y fragmentos*. Madrid: Biblioteca ELR Ediciones, 2005.
- Santullano, L. "El día más feliz de Don Quijote". *Las Españas* (1947): 7 y 14.
- Suárez, A. "Cervantes ante modernistas y noventayochistas". En Manuel Criado de Val ed. *Cervantes. Su obra y su mundo. Actas del primer Congreso Internacional sobre Cervantes*. Madrid: EDI-6, 1981. 1047-1054.
- Talens, Jenaro. "Prólogo". García Sánchez, Jesús coord. *La generación del 27 visita a Don Quijote*. Madrid: Visor, 2005. 7-10.
- Tapia, D. "Ver para vivir. Don Quijote desterrado". *Las Españas* (1947): 5 y 14.
- Unamuno, Miguel de. "¡Muera don Quijote!" (1898). Miguel de Unamuno. *Obras completas*. Madrid: Afrodísio Aguado, 16 vols. Madrid: Turner, 1995, V. 653-58.
- . (1905a). *Vida de Don Quijote y Sancho*. Madrid: Alianza, 1987.
- . (1905b). "Sobre la lectura e interpretación del *Quijote*". En Miguel de Unamuno. *Obras completas*. Madrid: Afrodísio Aguado. 16 vols. Madrid: Turner, 1995. III, 842-60.
- . *Del sentimiento trágico de la vida*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1937.
- . *En torno al casticismo* (1943). Madrid: Espasa-Calpe, 1972.
- . Ricardo Senabre ed. *Obras completas*. Madrid: Afrodísio Aguado, 16 vols. Madrid: Turner, 1995.
- Valender, J. y Rojo Leyva, G. *Las Españas. Historia de una revista del exilio (1943-1963)*. México: El Colegio de México, 1999.
- Valera, Juan (1864). "Sobre el *Quijote* y las diferentes formas de comentarlo y juzgarlo" (Discurso de Ingreso en la RAE, 1864). En *Obras Completas*. Madrid: Aguilar, 1958. Vol. III.
- Valle, R. H. y Romero, E. *Bibliografía cervantina en la América Española*. México: Academia Mexicana de la Lengua, 1950.
- Varela Olea, María Ángeles. *Don Quijote, mitologema nacional*. Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2003.
- VV. AA. *Cervantes Saavedra, Miguel de. Homenaje de Ínsula en el cuarto centenario de su nacimiento 1547-1947. Cuadernos de Ínsula* 1 (1947).
- VV. AA. *Miguel de Cervantes. La invención poética de la novela moderna. Anthropos* 98/99 (1989).
- VV. AA. *Cervantes y los escritores del 27. Anthropos (Suplemento 16)* (1989).